

# Luz Ramírez Ojeda

## CLAROSCURO

Hoy te voy a contar  
La historia de una niña buena,  
Cuyos padres llegaron a la capital  
Desde la sierra de Puno y nuestra Chincha costeña.

En Lima, se enamoraron  
Y decidieron estar juntos por siempre,  
Y de tanto amor engendraron  
A Lucía, en el mes de setiembre.

Esta niña hermosa que provocaba oohhhes  
Tiene piel de leche y canela  
Y como la paterna abuela  
Los cabellos lacios y marrones.

Sus rasgos afroperuanos  
Resaltan su carita de seda  
Y al correr de los años,  
En las fiestas, la estrella era.

Aprendió a zapatear y bailar con guitarra y cajón:  
El festejo, la zamacueca, el tondero y el landó.  
Los logró dominar en casa de los abuelos iqueños  
Y en la fiesta de la Virgen del Carmen, con amigos sureños.

También aprendió a cantar y danzar  
Con la quena, el charango, el arpa y el siku  
Que mostraba en la fiesta de Mamacha Candelaria,  
Esa festividad que el pueblo eleva como plegaria.

Cuando empezó el colegio todo cambió...  
Los niños se burlaban de sus grandes ojos y boca;  
Esto, a ella, mucho la perturbó  
Y decidió taparlos, porque ocultos nada trastocan.

Un día que tenían que exponer cuáles eran sus orígenes  
Lucía quiso mostrar claramente la riqueza de sus raíces.  
Con traje rojo de bolitas blancas con vuelo y matices  
Pensó convencida: «Ahora todos me aceptarán, felices».

Pero sucedió que, mientras bailaba un festejo,  
Le dijeron: «Te mueves como una lombriz»  
Otro a su lado la rodeó saltando como conejo  
Y hasta uno, rascándose la cabeza, imitó a un mono trejo.

La profesora Paula intervino y les increpó ¡respeto!  
Les explicó que Lucía al pueblo afroperuano representaba  
Y que todos de inga y de mandinga éramos tataranietos  
Con lo que los dejó en actitud avergonzada.

Lucía, animada por el silencio de sus compañeros,  
Se puso un poncho puneño y empezó a tocar el siku:  
Lo tocó unos segundos... cantó mientras señaló un quipu  
Y la emoción por su dulce voz, los estremeció con esmero.

Cuando terminó de cantar, el silencio fue mayor...  
Hasta que un largo tiempo de aplausos lo cortó.  
A Lucía, que estaba feliz, una lágrima le brotó  
Y en su mente se borraron los días de temor.

Tuvo la loca idea de en su teléfono música poner.  
Escogió, de su larga lista musical, una conocida saya.  
Los niños poco a poco empezaron a bailar con agallas  
Y con una alegría cómplice que te emocionaría ver.

Desde ese día, Lucía cantó y danzó la música de sus raíces  
En todas las actuaciones y hasta en algunos países,  
Acompañada casi siempre de amigos de su aula  
Y dirigidos, con entusiasmo, por la profesora Paula.

Cuando Lucía creció y decidió qué haría,  
Escogió estudiar la carrera de Sociología.  
Investigó cómo se dan en la sociedad las relaciones  
Y luchó cada vez que pudo para evitar discriminaciones.

Su compromiso es sólido como cemento duro  
Y por eso fundó su asociación «Claroscuro»,  
Donde se rescatan y promueven las raíces de nuestros pueblos  
Y se avanza en su reivindicación como fue su sueño.

Ella se mira todos los días antes de salir a laborar  
En el mismo espejo en el que hace años se puso a llorar.  
Se dice: «¡Te amo, Lucía, de ti estoy orgullosa!»  
Toma su bolso, cruza la puerta y a seguir triunfando va presurosa.